

Editorial

Reflexiones tristes de fin de año

Manuel Quijano

El prejuicio a favor de la experiencia de las personas de cierta edad hace tolerable en ellos lo que en la juventud parecería un alarde excesivo: es el precio que debe pagar la juventud por su dinamismo, habilidad y audacia; por dejarse embriagar fácilmente por la felicidad. El cuerpo nos esclaviza: la enfermedad y la madurez extrema dificultan el acceso a la verdad, estorban la contemplación de la belleza, nos someten al tiempo, a lo terreno a los sucesos incoherentes y sin sentido. Nos apartan del arte que es representación, memoria, ensueño, imagen, distancia; produce la irrealidad pero da incentivos e inventiva, mejora las anécdotas trilladas, elude los lugares comunes y suaviza las experiencias cotidianas.

Hace ochenta años hubo un interés general entre los intelectuales, por saber quién es el mexicano. Desde la Sra. Calderón de la Barca, esposa del primer embajador de España en México, advirtió que el español es en general rudo, agresivo y suficiente, mientras que el mexicano era suave, pulido y de maneras discretas. Después León Felipe aclaró que el español no grita sino que habla fuerte, sobre todo en comparación con el mexicano («con su permisito» etc..) Más tarde, en los treinta, Samuel Ramos, filósofo michoacano, escribió «El Perfil del hombre y la cultura en México» e insistió sobre el malinchismo (una suerte de complejo de inferioridad del mexicano que se asusta y prefiere lo extranjero). Todavía más tarde 1949 un grupo de jóvenes filósofos de la Facultad de la UNAM, llamado Hiperión y formado por muchachos talentosos entre los que figuraban Emilio Uranga, Jorge Portilla, Luis Villoro y otros, en conferencias públicas y bien atendidas, glosaron sobre el Ser del mexicano, diferenciándose un poco de Samuel Ramos.

En 1950 Octavio Paz publicó su conocido «El laberinto de la soledad» y nos describió como «el menos tropical de los pueblos tropicales»; reservados y sobrios, candorosamente confiados, románticos y sentimentales y particularmente solitarios y herméticos para mostrar sus propios sentimientos, lo que revela una necesidad de aprobación, todo ello aunado a un comportamiento muy excesivo en sus manifestaciones festivas, en que grita, bebe y se cree capaz de «comerse al diablo»; en el alboroto del relajo, insulta, pelea y mata sin remordimiento. Pero todo eso era clásicamente verdadero hace 50 años, pues en la época actual, anodina y cosmopolita, el mexicano tiene una seguridad de sí mismo impensable entonces, aunque sigue prefiriendo lo extranjero, que imita en

el vestir, los modales y los gustos musicales. Se diría que ha perdido el espíritu nacional que se había exacerbado al terminar la Revolución.

A fines del siglo pasado la controvertida y denostada globalización trastocó nuevamente todos los paradigmas y se volvió a hablar de recursos naturales y del capital humano –que van perdiendo peso–, aunque en los últimos meses felizmente se medita más sobre la educación primaria y secundaria, sobre el apoyo estatal al desarrollo de la ciencia y de la investigación universitaria, al porcentaje del PIB que se destina a esos rubros y va cudiendo e introyectándose en el cerebro de los legisladores que los recursos que el Estado disponga para esos menesteres son del tipo de la mejor inversión financiera para el desarrollo y la salud del país. Y se recuerda que la salud es causa y efecto y producto del desarrollo.

En la década de los cuarenta la población mexicana se sentía ávida de progreso, joven, dispuesta a construir su futuro; (se repetía el verso de Amado Nervo «yo fui el arquitecto de mi propio destino») y parecía obvio que había posibilidades. En la década siguiente, con el Hospital Infantil, el de Nutrición y el Instituto de Cardiología dinámicos y productivos, estábamos convencidos que nuestra medicina era una de las mejores del continente y veíamos con aire de perdona-vidas a España (que ahora nos supera con un Seguro Social fuerte y sano financieramente, y con adelantos en enseñanza e investigación). Y creíamos superar, en lo que respecta a desarrollo económico-social, a Brasil, la India y China, que en la actualidad nos arrebatan los pocos mercados que habíamos conseguido para nuestras manufacturas.

El inteligente periodista y profesor del Colegio de Méjico, Lorenzo Meyer hizo, hace algún tiempo un real aunque breve resumen de la situación. En los cincuenta se inició la industrialización, la educación de alto nivel y existía un mercado de trabajo abierto; pero pronto apareció el puntito negro en el arroz: la concentración del capital en unas cuantas manos, se forjaron grandes empresas, se instaló una política monopólica y tomó un asiento soberano la corrupción. Hoy en día la sociedad mexicana, en todos los niveles, social, económico y educativo, coincide en una desesperanza para el inmediato futuro y la queja es universal y coincidente: gobiernos ineptos, políticos corruptos que sólo buscan satisfacer sus propios intereses, educadores ignorantes, des-

preocupados y sin vocación, que sólo se ocupan de buscar más prestaciones y salarios, apoyan movimientos políticos que ni comprenden y desatienden su verdadera ocupación que es la de impartir instrucción y ejemplo cívico. La clase empresarial, miope, sin imaginación ha perdido toda iniciativa y sólo se ocupa de buscar asociarse con firmas extranjeras para aumentar sus ganancias y no correr riesgos. Las clases medias, contagiad as del ambiente general, cuyas únicas lecturas los convierten en cautivos de los anuncios televisivos, cumplen de mala gana su trabajo, y mediocres hasta en sus ambiciones, sueñan con vacaciones en sitios supuestamente elegantes, y en adquirir un nuevo vehículo.

Vamos, hasta los profesionales de nuestro gremio no buscan ya destacarse, ser diligentes y atinados, y se conforman con una existencia en la medianía, lejos de los goces del oficio bien realizado y el agradecimiento sincero de los pacientes, lejos también de los goces de la cultura y la superación. Todo su ideal es copiar a los norteamericanos en su estilo de vida y sus diversiones.

Tal vez estoy pecando de pesimista... pero podría serlo en mayor medida sin dejar de ser realista. Dice Bertrand Russell que los civilizados son capaces de prever el mañana: el no pensar en el patrimonio que dejaremos a los que nos seguirán, nos hace francamente bárbaros. Frente al orden de la naturaleza existe el orden de las acciones humanas, de la vida social. Los hechos naturales siguen el principio de la

causalidad; todo hecho va precedido por un fenómeno que constituye la causa, son uniformes y necesarios, independientes del arbitrio humano. En cambio los otros, las acciones humanas tienen un carácter electivo y, por ello mismo una calidad estimativa; constituyen la cultura, reivindican la subjetividad y siguen la ley de la finalidad tanto en los medios como en el fin, pues el medio está condicionado por el fin, y el fin es objeto de la voluntad; ésta sí, sometida a una naturaleza biológica o fisiológica. La antítesis entre cultura y naturaleza ha desaparecido y ahora todo es información y su procesamiento. Antes se ponía de un lado el yo y lo humano, el alma. Y del otro las cosas materiales, aunque tuvieran propiedades biológicas muy singulares y parece que la fortaleza de la subjetividad ha sido vencida. Triunfa la biotecnología.

¿Volverá algún día aquel espíritu pujante, ambicioso de grandeza, altruista, que debe haber existido en 1821, en 1867, en 1921, al final de la fase bética de la Revolución, cuando Vasconcelos llamaba a su «raza cósmica» a colaborar en la enseñanza y la alfabetización, a la educación rural e integral, cuando Alfonso Reyes quería ser nacionalista después de ser universal, cuando Gustavo Baz empezaba a construir el Centro Médico Nacional, moderno y modelo, cuando Ignacio Chávez insistía en no conformarse con «estar al día» sino urgía a incorporarse al núcleo de los que hacen avanzar la medicina?
